

DOMINGO III DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Nehemías 8, 2-4a.5-6.8-10): *Seguían con atención la lectura de la ley.*

Salmo (18, 8.9.10.15): *«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 12-30): *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.*

Evangelio (Lucas 1, 1-4: 4, 14-21): *Me ha enviado para anunciar el evangelio a los pobres.*

Hay algo en nuestro mundo que nunca falta. A las personas las conocemos y las identificamos por ciertos signos o señales que suelen acompañarles y rodearles en su vida de cada día: Si vemos dos filas de policías en moto abriendo paso por las calles, sabemos inmediatamente que detrás va un hombre importante, socialmente hablando; si pasamos al lado de un barrio con espléndidos jardines, rodeado de una cerca y todo bien vigilado, adivinamos inmediatamente que allí viven hombres importantes, desde el punto de vista del dinero.

Si contemplamos un barrio de chabolas en las que vemos colgadas ropas miserables y negras a pesar de estar recién lavadas, y que unos niños greñudos y sucios, nos miran con ojos asombrados, con toda seguridad, que estamos ante un barrio de gentes que calificamos de marginados y pobres; y si llegamos a una reunión con asientos reservados y tranquilamente nos sentamos en uno de ellos, en el momento en que nos invitan a levantarnos tenemos la sensación de que, allí, nosotros somos mucho menos importantes que las personas a las que esos sitios están reservados.

Después de una primera temporada predicando y curando por los pueblos de Galilea, Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado, acompañado de una cierta expectación. Nazaret era un pueblo de poca importancia y con fama de gente incrédula. Jesús no había nacido allí, pero allí fue concebido y allí vivió hasta hacerse hombre, por lo que era bastante conocido tanto él como su familia.

Jesús vuelve a su pueblo, ya adulto, fue el sábado a la sinagoga e hizo uso del derecho que todo israelita varón tenía a leer públicamente la Palabra de Dios y, a añadir unas palabras de exhortación. Nos dice el evangelista que todos tenían los ojos fijos en él, pues **¿qué podría decirles aquel “hijo del carpintero”?**

Después de leer el texto del profeta Isaías, hizo una breve y rotunda afirmación: **«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»**. Con ella, ni más ni menos, les decía que él era el Mesías anunciado por el profeta; el que, de acuerdo con la promesa del Señor, **«venía a dar esperanza a los pobres, libertad a los cautivos, vista a los ciegos, y a anunciar que Dios miraba a su pueblo con cariño»**.

Los de Nazaret, esperaban ver algún signo prodigioso, pero no una afirmación tan “*prodigiosamente escandalosa*”; le tenían como un vecino que empezaba a destacar como “*rabino*”, pero Jesús acababa de decirles que él era **«el ungido del Señor»**. No es de extrañar que, como nos narra más adelante el evangelista, les costara digerir lo que se les antojó una pretensión excesiva y escandalosa del “*hijo del carpintero*”.

Quienes creemos y esperamos en Dios encontramos consuelo y seguridad en la fe. Cuando decimos de corazón “*Señor, creo en ti*”, nos sentimos confortados. Pero en la medida en que conocemos mejor el rostro de Dios que Jesús, con sus palabras y con su vida entregada **«hasta el extremo»**, nos manifiesta, vislumbramos que, como dice el Papa: **«No es suficiente decir “Señor, creo en ti”, sino que hemos de llegar a descubrir al Señor encarnado en el otro»**.

Esta irrupción de los demás en nuestras vidas nos desconcierta y atemoriza. El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro en el rostro del otro, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia y sus tristezas que nos acongoja. Como ocurrió con los de Nazaret, el encuentro con Jesucristo nos aboca al encuentro con Dios “*Padre nuestro*”, Padre de todos, que nos lleva siempre más lejos de lo que habíamos previsto.

Decimos, con excesiva frivolidad, que, estos son “*malos tiempos*”, para creer en el Dios que nos muestra Jesucristo, para rezar, para querer a los demás como a nosotros mismos y hacerles el bien, porque el ambiente tira mucho y los mejores propósitos se diluyen como un castillo de arena en la playa cuando llegan las olas.

Y, sin embargo, el Padre de nuestro Señor Jesucristo sigue llamando ahora a la puerta de nuestro corazón para que lo acojamos como Señor y hermano, para que respondamos a su invitación de ser, con Él, pescadores de hombres, y no justifiquemos nuestra pereza egoísta, en favor de la evangelización, por el miedo a comprometernos. Solo hace falta convencernos de que su Espíritu está sobre nosotros y dejarnos guiar por Él.

Es lo que pedimos cuando rezamos: **«hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»**. **¿Podemos seguir rezando el Padrenuestro sin dejarnos sorprender por la novedad del Dios de Jesús?**